

Augusto d'Halmar

Leonardo Pena



O que yo llamo el Gotha de la amistad, viene a ser una pequeña agenda alfabética en la cual caben holgadamente, desde hace treinta años, todas mis relaciones del mundo. Pero, para estar inscrito en él, hay que haber penetrado por lo menos al quinto círculo de mi corazón, y nombres de todas castas y razas, y direcciones de todos climas y países, se clasifican por el índice, a veces escrito por mí, a las veces con otra escritura. Algunos de esos amigos están vivos; de otros no sé siquiera si existen; los más ya han muerto.

Abriendo por la letra P. encuentro primero: «Pérez Kallens Ignacio, Arturo Prat 1138. Santiago de Chile». Y casi al final de la página: «Pena, Leonardo, 182 Quai d'Auteuil, París» y al lado: «10 Rue Albert de Lapparent». Estas tres «señas», como decimos en español familiarmente, abarcan toda una vida y se refieren a una misma persona, porque Leonardo Pena, es Ignacio Pérez Kallens, y si el número 1138 de la calle Arturo Prat de Santiago de Chile, fué tal vez

donde nació, seguramente donde se pasó su juventud y donde le conocí, 10 Albert de Lapparent (entrando por José María de Heredia, añade una indicación entre paréntesis), es la casa donde vivió sus últimos años de París y de este mundo, donde le vi esa incierta vez que sólo después venimos a saber que era la definitiva; a donde acaba de morir.

Ha transcurrido, pues, una existencia, la *suya*, la *mía*, la *nuestra*, La Existencia, en fin, entre estas dos anotaciones. Cuando hice la primera, teníamos por delante, él y yo, todas las aspiraciones y el horizonte ilimitado de la juventud. Cuando hice la última, treinta años después, «el mañana había sido ayer», como he dicho metafóricamente en alguna otra parte. Ya no había Día de Mañana, no había Hoy, siquiera, sólo había Ayer.

Por eso, quizás, porque nuestros recuerdos se entrecruzaban y entrelazaban, porque el pasado nos era común, llegó a estrecharse tanto nuestro afecto. ¿Quién que hable del arte en Chile, puede no pronunciar mi nombre, o puede pronunciarlo, sin recordar el suyo? Cuando se escriba, y ya se está haciendo, la historia de la Literatura en nuestro tiempo, bien o mal avenidos como camaradas, varios apareceremos indisolublemente reunidos ante ese mito que pomposamente llaman Posteridad y que no pasa de ser la lección de experiencia transmitida de boca en boca y de oído a oído. ¡Ay de los pueblos desmemoriados! Por eso, también, a veces, la leyenda se substituye con ventajas a los anales.

Pero si es difícil presentir cuándo vemos a los seres queridos, por última vez, no lo es menos recordarse cuándo les vimos por la primera, porque tampoco presentíamos que íbamos a quererles, que iban a llenar una parte de nuestra vida y a formar parte de nosotros mismos. Sin embargo, yo recuerdo, «como si fuera hoy», estoy viéndolo, cuando nos conocimos Leonardo Pena y yo.

Era a fines del siglo pasado; yo tenía diecisiete años y comenzaba a publicar cuentos, en el suplemento «Los Lunes» del diario «La Tarde». Su director nos presentó uno al otro y salimos juntos. Sí, puede decirse que, a partir de ese momento, «salimos juntos».

Leonardo Pena me llevaba cinco años de edad y pulía ya una obra meticulosa y pulcra, de la cual yo no había leído más de una página, que me bastó para admirarle. Tenía, pues, veintidós años, entonces, un bigotillo negro y una pulcritud también acicalada en su indumentaria. Y mientras casi todos los de nuestra generación, creíamos de nuestro deber singularizarnos, como intelectuales, en el modo de ser y hasta en el traje, él osaba ostentar una distinción vulgar, comportándose y componiéndose como cualquier hijo de vecino. Llevaba (llevó siempre), el honrado y horrible sombrero hongo, cuando usábamos nosotros el desafortado chambergo. Su cuello era de pajarita, y mientras nuestras corbatas flotaban volanderas y llameantes, las suyas de correcto lazo, hasta solía prenderlas un alfiler de oro, y mientras mi capa suplía el uso incómodo del paraguas, él lo llevaba (lo llevó siempre), en funda de seda.

A un artista le era muy difícil entonces parecer un cualquiera y Leonardo Pena había hallado sin querer el modo de destacarse, aceptando el rasero común. Ni más ni menos que, en medio al modernismo ambiente, en el cual ¡ay! las más descabelladas imágenes se parecen entre sí, uno que se atuviera a escribir con sentido del estilo y hasta con sentido. Entre nuestros uniformes de revolucionarios, se singularizaba aquel burgués, precisamente porque no lo había pretendido. Jamás creyó Leonardo, tan poseído, sin embargo, de su originalidad, que un escritor debiera ser, en sus relaciones con los demás mortales, distinto. Por eso precisamente, era tan grata su convivencia. Recordaba el caso de aquel Spinoza, que pulía lentes y a sus horas los enfocaba sobre la vida humana, para deducir su filosofía.

No tardé en comprender que su atildamiento y su empaque, no se resentían de afectación, sino que eran la naturalidad misma de su manera de ser, y simpatiqué cordialmente con ese hombre, sencillo si los hubo, pero también, si los hubo, refinado, estilizado, sería la expresión exacta. Todo en él era, a la vez, simple y exquisito: su pseudónimo, su literatura, sus modales, su porte, su propia elegancia personal. Podía aplicársele la paradoja de Brummel, de que iba tan bien vestido que no llegaba a llamar la atención. No la ha llamado nunca, física, moral o espiritualmente, salvo para aquéllos contados conocedores que saben distinguir un corte justo, una hechura y un tono que hacen juego, una frase, o simplemente una inflexión de voz o un gesto, en aparien-

cia insignificantes y que, sin embargo, delatan eso que se llama «raza» y demuestran estar de vuelta de muchas pedanterías y muchos esnobismos, (sinónimos, aunque se apliquen las unas a cosas inmateriales y a cosas materiales los otros,) y no recuerdo sin emoción la especie de envidia a la locura, con que él, tan cuerdo, me vió partir en mi salida tolstoyana.

Esa su misma exaltada cordura, su dulzura varonil, su viril ternura, eran una conciliación difícil entre instintos contrapuestos y que daban la medida de su temperamento. En verdad, él rizaba el rizo de la parábola evangélica y, «astuto como serpiente», era, a la vez, «sencillo como paloma»; sencillo como paloma y astuto como serpiente. Y con todas las posibilidades de hacer sufrir, de ironizar, de mostrarse cáustico, hizo sentir, hizo disfrutar, dijo cosas amables y piadosas, y veló, no con una risa hipócrita, sino con una sonrisa levemente escéptica, cuánto había en él de incisivo y mordaz y, como las abejas, de su propia amargura elaboró su miel. Hombres así son dos veces buenos, porque, además, han podido no serlo y han querido serlo.

He repetido que los viejos amigos son los que tienen siempre algo nuevo que decirse. Así, de los viejos amigos siempre tenemos algo nuevo que decir. Acabo de escribir para otra publicación, acerca de este Leonardo Pena; he de hablar sobre él en la velada que se celebrará en memoria suya. Nunca me quedaré corto de recuerdos e impresiones. Y cuando haya expresado mucho, mucho habré dejado por expresar. Son vidas, son

almas, ricas como tema, generosas hasta en su poliformidad y tan hondas en profundidad, son como ciertas plantas que dan tantas más flores, cuántas más se les corta. Ese novelista, era el mejor de sus héroes y heroínas, el más vario de sus personajes.

Al regresar de mi aventura de los leones, y de los galeotes, y de los carneros, regresando de mí mismo a mí mismo, por así decir, se sabe acometimos juntos la empresa por excelencia de nuestra generación: revistas, conferencias y libros, de los cuales arranca, puede decirse, nuestro verdadero arte literario, hecho por primera vez, no como un pasatiempo secundario, no como mero adorno, no como diletantismo, sino como algo vital y consubstancial con nosotros, algo que se toma con la vida y no se deja sino con la muerte, y cuya misión, menospreciada que la vida, dura más que la muerte. ¡Ah, en definitiva, no vivimos ni morimos, sino para el arte! ¡No resucitamos, en cuanto artistas, en nuestra obra, sino para mejor poder morir en cuanto a hombres! ¡Ser olvidados, con tal que no lo sea la belleza que nos fué dado procrear! Y ya es sabido que una cosa bella es una alegría perpetua. ¡Con nuestras manos de un día, como los canteros y los lapidarios, hacemos eternidad!

Después, en Europa, compartimos el destierro en que cada día nos iba olvidando un poco más la patria y nosotros íbamos olvidándola menos. Así, escribió en francés su «Compendio de Historia de Chile», síntesis de un esquema, como una fragmentación de la «Breve

Historia del Mundo», hecha por Wells. Para hacerla tan concisa, se necesitaba haber asimilado toda la desproporcionada historia de un país que no la ha vivido, que, en realidad, apenas si vive embrionariamente su prehistoria. Porque yo lo digo, hasta como justificación de cuanto de amorfo no acierta a encarnarse y a plasmarse en estas tierras, aun no bien separadas del haz de las aguas; yo lo repito, hasta como premonición de porvenir: no es que seamos ya escoria, sino que no nos hemos desprendido aún de la ganga; no es que estemos dejados de la mano de Dios, sino que Dios no nos ha tomado en su mano. Y no es lo mismo, y hasta es completamente distinto.

Compartimos, dije, en Europa, en Inglaterra antes de la guerra, en Francia durante, en España después, la intensidad de esas civilizaciones, por el contrario, ya decadentes, pero tan henchidas de cuanto de divino contuvieron y tan opuestas a nosotros como puede serlo un cadáver a un feto. La obra de Pena, madurada en ese medio y estas circunstancias, con el doble sabor a fruta verde y a ceniza, ha de enseñarnos la lección imprescindible, que no sabemos. ¡Qué mejor intérprete que uno de los nuestros, desarraigado de nuestro erial! ¡y quién mejor que él!

Me niego a reincidir aquí, al hacer estas reminiscencias de tono menor, en las imprecaciones apocalípticas en que me he deshecho, para otra necrología de Leonardo Pena, doliéndome de que su vida de hombre no la utilizara yermo tan menesteroso en hombres y en vida,

como Chile. Me consuelo pensando que, después de muerto, hemos de recoger los chilenos su herencia, porque, aunque indignos, somos sus herederos, y hemos de agradecerla, consagrándole el recuerdo que se merece entre los más esforzados, los más abnegados, los más sacrificados obreros de nuestro acrisolamiento. No se sufre impunemente lo que él sufrió, ni se labora lo que laboró él, sin que algún día no le aproveche a alguien. Su obra entera, chilenos, (y acaso podría decir americanos,) es como un testamento y en ella nos lega su espíritu, ¡figuráos, nada menos que su espíritu!, a nosotros que carecemos hasta de inteligencia para comprender esa palabra, precisamente por que no nos ha tocado la frente el soplo divino del espíritu.

Santiago de Chile, 20 de Mayo de 1935.